

“Ahora puedo respirar”: espera y autoconstrucción en el campamento Violeta Parra¹

“Now I can breathe”: waiting and self-construction in the Violeta Parra informal settlements

Fernanda Zamorano Valenzuela²

Fecha de recepción: 09 -05-2022 - Fecha de aceptación:19-08 -2022

Resumen

El presente artículo da a conocer la significación de la espera por parte de habitantes del campamento Violeta Parra de Cerro Navia, a partir de su postulación a viviendas sociales definitivas, construidas en el terreno que hoy ocupa el campamento . Desde aquí, se busca desafiar la concepción de la espera como una forma pasiva y rutinaria de enfrentar programas estatales –trabajada por Auyero (2011)–, y reflexionar sobre la efectividad en la construcción de condiciones que producen respuestas frente a los tiempos impuestos por el Estado. Se analizan los requisitos de postulación para singularizar la experiencia de chilenos y extranjeros migrantes, la articulación de redes colectivas y la configuración de dinámicas habitacionales cambiantes a raíz de la autoconstrucción, consolidadas a partir de la versatilidad del campamento y sus viviendas.

Palabras clave: espera, autoconstrucción, vivienda, campamento, migración.

Abstract

The present article reveals the significance of the wait by inhabitants of the Violeta Parra camp of Cerro Navia, from their application to definitive social housing, built in it land that today occupies the camp . From here, it seeks to challenge the conception of waiting as a passive and routine way of facing state programs – worked by Auyero (2011) – and reflect on the effectiveness in the construction of conditions that produce responses to the times imposed by

¹ Tesis de investigación enmarcada en proyecto FONDECYT N°1210743 "Construyendo sujetos-ciudadanos: migración, prácticas residenciales y tecnologías de gobierno en el Gran Santiago"

² Antropóloga. Universidad Alberto Hurtado. fernandazamorano.val@gmail.com.

Cómo citar: ZAMORANO, FERNANDA HENRÍQUEZ. “Ahora puedo respirar”: espera y autoconstrucción en el campamento Violeta Parra. Revista de Geografía Espacios 13(23), p. 19-37 (2022).

the State. The application requirements are analyzed to singularize the experience of Chileans and migrant foreigners, the articulation of collective networks and the configuration of changing housing dynamics as a result of autoconstruction, consolidated from the versatility of the camp and its homes.

Keywords: Waiting, autoconstruction, housing, informal settlements, community action.

Introducción

El número de familias en campamentos se ha incrementado fuertemente durante el último tiempo, reafirmando la crisis habitacional manifiesta desde hace décadas en Chile. Según datos recabados en el año 2021, los campamentos han aumentado en un 73,5% y hoy en día existen 81.643 familias viviendo en estos, la cifra más alta desde 1996. Adicionalmente, al menos el 30% de la población que habita campamentos está compuesta por personas migrantes, aumentando en igual proporción a las familias chilenas (Techo-Chile, 2021).

En este artículo abordaremos el vínculo entre espera y autoconstrucción, comprendiendo este último como un mecanismo propio de la organización colectiva para resistir a demoras estatales frente al acceso de viviendas definitivas. Se trata de un proceso que se gesta poco a poco y está en constante transformación (Caldeira, 2017).

La urbanización periférica como menciona Caldeira (2017), se entiende aquí ya no desde el enfoque común, –es decir, “caótica o ilegal y no regulada” (p.7)–, sino que considera ciertos niveles de presencia estatal (o al menos no una ausencia total).

En este vínculo entre espera y autoconstrucción, el caso de chilenos y migrantes marca una diferencia al momento de la instalación de un proyecto de vivienda, delimitando niveles heterogéneos de participación comunitaria. A nivel país, hasta el año 2017 la población migrante en campamentos se había incrementado un 4,35% en relación a los años anteriores (INE, 2017). Específicamente en la comuna de Cerro Navia, existe un 11,1% de personas extranjeras (INE, 2020).

La autoconstrucción se consolida como un ejercicio de derecho por parte de habitantes migrantes (Palma y Pérez, 2020), quienes generan prácticas y significados específicos asociados a su reconocimiento como ciudadanos/as residentes. A través de este eje de análisis se identificaron formas de experimentar la espera que surgen como respuesta a estándares estatales que vienen desde el entramado de políticas públicas delimitadas para el acceso a vivienda subsidiada en Chile, las que diferencian la manera en que la población migrante y no migrante significa y experimenta sus percepciones en función de su estatus migratorio y de regularización.

Las formas de percibir la espera se traducen en relación a instrumentos de regularización estatal y se vinculan a experiencias personales. La espera, por ende, se puede visualizar en la construcción de estrategias que van mutando y adecuándose al contexto actual, en donde quienes se ven enfrentados a esta se convierten en sujetos de reflexión (Jeffrey, 2008).

La investigación de campo se llevó a cabo durante 12 meses, en los que buscamos conocer prácticas residenciales y experienciales durante el periodo de integración al programa de viviendas definitivas y, por tanto, las transformaciones a partir de este. Se realizaron diez

entrevistas semiestructuradas a residentes del campamento Violeta Parra; nueve de ellas a mujeres residentes, pobladoras, dirigentas y encargadas de la olla común. La décima entrevista fue con uno de los dirigentes del Comité Movilízate. El enfoque mayormente femenino radica en la importancia movilizadora de las mujeres al interior del campamento, que contempla el rol reivindicativo que estas tuvieron en la dictadura a través de la organización popular (Váldez & Weinstein, 1993). En la actualidad se plantea la existencia de un triple rol de mujeres pobladoras “lo doméstico, lo laboral y lo organizacional” (Moraga, Sepúlveda, Luneke, Ruíz Tagle & Zaneteno, 2021), lo que enriquece aún más la percepción de pobladoras, sus funciones en los actos de resistencia y la manera en que el rol femenino ha fortalecido y significado la vida en comunidad.

Se buscó paridad en las personas chilenas y extranjeras (de nacionalidad peruana y haitiana) a la hora de realizar las entrevistas, con el objetivo de contrastar sus experiencias personales. En el caso de las personas migrantes, se entrevistó a mujeres con diversos estatus migratorios, pues se encontraban en diferentes etapas de regularización debido a su tramitación y los años que han vivido en el país (residencia temporaria, residencia definitiva, en espera por la residencia definitiva, de forma irregular).

Se llevaron a cabo visitas regulares al campamento, ello a través de la colaboración y participación en diferentes instancias (campeonatos, ollas comunes, ayuda de emergencia, entre otras), además de visitas a sus hogares. Cabe mencionar que mi participación al interior de la organización La Jardinera, dedicada al trabajo artístico, emocional y medioambiental con niñas, niños y niñas, me permitió ser activa dentro del espacio.

El proceso de observación participante se levanta, en el contexto de esta investigación, como un eje de la etnografía, y es llevada a cabo a través la participación y reflexión desempeñadas junto a la comunidad. Esto se refleja en aspectos cotidianos y en la experimentación de los espacios desde mi inserción como investigadora (Guber, 2012). La observación participante se enfocó principalmente en el Comité Movilízate, para posteriormente extenderse a integrantes del Comité Folil Mapu y Loyola, con el objetivo de ampliar las perspectivas y reconocer la manera en que se articulan en comunidad. Previo a las entrevistas se firmó un documento de Consentimiento Informado por parte de cada una de las participantes, todas ellas mayores de edad.

El campamento Violeta Parra se estableció el primero de septiembre del año 2019, a través de la reunión de siete comités de allegados/as de diferentes comunas aledañas entre sí (Renca, Pudahuel, Lo Prado, Cerro Navia) en la coordinadora de vivienda Renacer poniente. El objetivo inicial era generar presión colectiva y apresurar el proceso de adquisición de viviendas definitivas –que regularmente se extiende por 10 o 12 años– y mejorar el nivel dirigenal frente a prácticas viciosas (acceso a más de una vivienda, uso de contactos para beneficio propio, robo de dinero, entre otras).

El campamento se compone de alrededor 850 familias, número variable según el catastro inicial de las dirigencias y de Techo para Chile y la reciente actualización de SERVIU (Servicio Regional de Vivienda y Urbanismo). El espacio se encuentra dividido en siete comités, cada uno como respuesta a sus propios niveles de organización y, por ende, compuesto por diferentes participantes (algunos rodeando los 150 y otros las 72 personas). Cada comité cuenta con personalidad jurídica, lo que les permite ser reconocidos frente a entes gubernamentales. Cada

comité está encabezado por una directiva (presidente/a, secretario/a y tesorera/o). La elección de dirigencias y la toma de decisiones relevantes a nivel general se hace a través de asambleas. A medida que se desarrollaba la autoconstrucción de sus viviendas, las directivas se fueron modificando y robusteciendo debido a procesos como la llegada de habitantes, la creación de nuevos comités, la transformación de los ya existentes (nombre y directiva) y la expulsión de dirigencias.

Campamentos: actores sociales como movilizadores de resistencia

Los campamentos como fenómeno residencial existen en Chile desde mediados del siglo XX. Desde sus comienzos, estos trajeron consigo la agitación de la población y la exigencia de soluciones habitacionales a raíz de la crisis de vivienda de la época, provocada por una explosión demográfica resultante de la migración campo-ciudad. A raíz de ello, surgieron las poblaciones “callampa” como una respuesta a la escasez habitacional, distinguiendo a la toma de terreno como una acción reivindicatoria del derecho a la vivienda, y llevando al límite el funcionamiento estatal y su respuesta frente a los actores políticos emergentes al interior de los campamentos (Cortés, 2014).

La represión a las tomas de terreno durante la dictadura y la integración de políticas urbanas neoliberales promovieron la vivienda subsidiaria, conflictuando las prácticas residenciales basadas en el uso de la tierra a través de la autoconstrucción (Angelcos & Pérez, 2017), y la consolidación y funcionamiento de movimientos de pobladores dominado por un sesgo político en sus dirigencias (Castells, 1973).

Durante la década de 1970 el movimiento de pobladores comenzó a tomar fuerza, modificando la idea de los campamentos como un espacio de marginalidad y precarización como se visualizaba en los años 50’ y 60’. La construcción de alianzas sociales y políticas posicionó a los campamentos y a la autoconstrucción como un espacio y una acción propias de movimientos urbanos y lucha de clases (Angelcos & Pérez, 2017).

A fin de la década de 1970 las prácticas subsidiarias estatales fueron reemplazadas por la entrega de residencias a través de programas de vivienda, lo que hizo disminuir notablemente la construcción de campamentos (Pérez, 2019). Sin embargo, esto acarrió la crisis del sistema neoliberal frente a la vivienda en Chile a raíz de la alta demanda y demora de dichos programas. Con la llegada de los gobiernos de la Concertación en los años 90 se potenciaron las prácticas subsidiarias en los programas de vivienda, volcando a la población y sus organizaciones a procesos burocráticos a partir del uso de instrumentos estatales. La creación de comités de allegados/as dio paso al fortalecimiento de una política de espera, entendida como la consolidación de prácticas subsidiarias que tardan años en llegar (Koppelman, 2018), realidad que potenció la incertidumbre e insuficiencia al momento de responder a las necesidades habitacionales desde las autoridades gubernamentales. La agitación interna y la subsistencia de organizaciones sin apoyo estatal puso a prueba al movimiento de pobladores, su continuidad y permanencia (Cortés, 2014).

Comuna en autoconstrucción

Desde sus inicios Cerro Navia ha sido una comuna formada por tomas de terreno y consolidada a partir de la autoconstrucción. Esta comuna fue receptora de poblaciones marginales que en

dictadura fueron erradicadas de zonas centrales y pericentrales de la ciudad de Santiago (Municipalidad de Cerro Navia, 2018). A pesar de la constante represión sufrida durante el periodo, fue una comuna reconocida por su resistencia y enfrentamiento, marcando presencia en sus organizaciones de base (Guerrero, 2007).

La crisis en el acceso a viviendas definitivas en la actualidad y el déficit habitacional en la Región Metropolitana respecto al total nacional es de un 51,53%. Esta cifra contempla viviendas irrecuperables, hogares allegados y núcleos de allegados con hacinamiento (en mayor porcentaje), sin considerar los campamentos en el muestreo (Techo-Chile, 2020). El déficit habitacional ha incrementado la existencia de familias allegadas y ha desembocado en el aumento de personas residentes en campamentos. En este escenario, los asentamientos son una opción de vivienda, pues en ellos no se consume simplemente un espacio residencial, sino que quienes participan de los mismos son convertidos en agentes de urbanización por el proceso (Caldeira, 2017).

En la actualidad existen tres campamentos reconocidos en la comuna de Cerro Navia: 17 de mayo, Macarena Valdés y Violeta Parra. Pese a la existencia de viviendas subsidiadas a su alrededor, conocidas también como viviendas sociales, los campamentos aún ejercen presión en la lucha por el acceso a la vivienda. La vida migrante al interior de los campamentos ha aumentado notablemente, convirtiendo estos espacios en comunidades étnicamente heterogéneas (Palma & Pérez, 2020).



Imagen 1. Fuente: Catastro Techo-Chile, 2020. Mapa: campamentos de Cerro Navia (17 de mayo, Violeta Parra y Macarena Valdés).

La presión que ejercen materialmente los campamentos han influenciado las políticas habitacionales estatales luego de un periodo centrado en políticas subsidiarias (como lo fue el retorno a la democracia). La organización colectiva a través de la autoconstrucción se ha convertido en un medio para la transformación de prácticas residenciales que buscan apresurar y modificar temporalmente sus realidades habitacionales. Actualmente dichos procesos sociales no necesariamente provienen de acciones con sesgos políticos (Holston, 2011), como lo era en el pasado, sino que existe una transformación en sus actores sociales, como podremos observar con la llegada de personas migrantes a los campamentos.

“De todas formas hay que esperar”

Las problemáticas asociadas a la vivienda se han transformado a lo largo de los años; en esta transformación han influido factores como la gran extensión y demora de programas estatales (Palma & Pérez, 2020) y la conformación de comités de allegadas/os, que han sido un ejemplo en la implementación de políticas subsidiarias.

Previo a la construcción del campamento Violeta Parra, una parte de la población chilena que hoy reside dentro del mismo, formó parte de comités de allegados para la obtención de sus viviendas. A raíz de la posibilidad de perder el único espacio idóneo para la construcción de sus departamentos, se generaron formas de presión para agilizar la respuesta frente al proyecto de vivienda. Dicho mecanismo de presión fue ejecutado por la excoordinadora Renacer Poniente. Posteriormente el campamento pasó a llamarse Violeta Parra.

A raíz de los diferentes intereses (públicos y privados) en el espacio donde actualmente se encuentra el campamento, se generó una urgencia en la ocupación del terreno, pues al encontrarse vacío podía ser utilizado por otras agrupaciones o ser vendido a privados con fines individuales y/o empresariales. Como cuentan dos dirigentes del campamento:

En vista de que era muy necesario, porque nosotros vimos el espacio que nos correspondía en Cerro Navia, y solamente existía un espacio para construir grande y que pudiera dar una solución de vivienda real a la comuna, y era este espacio po, no había otro en la cercanía, entonces nos dio un poco de susto y teníamos que tomarlo, porque si no lo hacíamos alguien más lo iba a hacer o lo iban a ocupar, porque habían otros fines también que tenía este espacio, que iba a ser para MetBus o iban a ser bodegas, entonces para poder adelantarnos a la jugada nos tomamos el espacio estos cinco comités que llegaron acá. (Entrevista, K.V. y L.B., directiva Comité Movilízate, 2021)

La generación de una red de soporte colectivo, en función de una solución habitacional intercomunal por parte de la coordinadora, da cuenta de la manera en que intereses privados disputan con la entrega de soluciones estatales a familias allegadas. La incertidumbre que produce la potencial ocupación del único espacio legítimo que cumpliera con todas las condiciones para la ejecución de un proyecto de vivienda llevó a la población a tomarse el terreno como una estrategia de presión, pues el temor a la espera interminable era un riesgo constante, generando un estado de movilización, que lejos de apaciguar a la población potenció colectivamente la necesidad de responder frente a los organismos estatales (Koppelman, 2018).

A partir este ejemplo, la espera se levanta como un concepto transversal en las vivencias de la población perteneciente al campamento, que fue consolidando formas de responder, interactuar y comprender su relación con el tiempo y el proyecto de vivienda.

El tiempo, como una fuerza burocrática, regularizadora y prohibitiva, ha sido estudiado en numerosas ocasiones dentro de las Ciencias Sociales como una forma de aplicación del poder absoluto, cuya moneda de cambio es la capacidad ilimitada de generar incertidumbre sobre la población (Bourdieu, 2000). Pese a ello, y en relación al caso de estudio, el ejercicio de poder a través del tiempo también tiene matices que se vinculan con la experiencia individual y la manera en que se responde frente a ciertas condiciones determinadas. La idea de texturas en el tiempo planteada por Michael Flaherty (2011) indaga en esta materia desde una perspectiva experiencial, generando una apertura de su concepción absoluta e inapelable, y entregándole

agencia a quienes buscan ser autónomos en la percepción del mismo. Ideas como esta dan cuenta de la importancia que tiene el estudio de la “autonomía temporal” como una forma de agencia frente a las múltiples interacciones sociales y, por ende, a la resistencia que las/os sujetos generan frente a la restricción temporal y el control que deriva de la misma.

La diversidad en las formas de experimentar la espera responde a la manera en que se organiza y proyecta una determinada comunidad, sin embargo, esta diversidad también se ve atravesada por condiciones y vivencias personales que demarcan las prácticas residenciales. Es así como el caso de comunidades migrantes y no migrantes se levanta como un eje de análisis importante dentro de esta discusión, pues los contrastes frente al acceso de la vivienda se presentan desde el primer momento al interior del campamento.

Desde la construcción de estrategias políticas que van mutando y adecuándose al contexto actual se propone la existencia de cuatro tipos de espera: “tiempo sobrante, mayor suspenso, tiempo perdido, y pánico e inercia” (Jeffrey, 2008, p. 956), que se pueden presentar de diferentes formas a lo largo de la vida de las y los pobladores.

Existen estudios que plantean que la espera, en el contexto de la interacción con servicios públicos, adquiere matices negativos pues “aumenta la inversión que una persona debe realizar para obtener un servicio, aumentando así su costo y disminuyendo la ganancia que se deriva de él” (Schwartz, 1974, p.844). Lo anterior trae consigo demoras burocráticas y dificultades en torno al acceso de servicios que deben ser de uso liberado (salud, educación y vivienda). Dicha noción sobre la espera podría explicar los cambios que se han producido dentro del sistema capitalista, permeando las vivencias de quienes se ven sometidas/os a este (Jeffrey & Young, 2012).

La relación del tiempo y el Estado soporta diversas interpretaciones: por un lado, ha sido pensada como una forma rutinaria de actos de espera que apaciguan una reacción frente a la interacción con el tiempo, hasta el punto en que vuelve a las personas pacientes de la burocracia institucional. Con ello resta agencia a la respuesta individual. Desde la etnografía, varios estudios han demostrado la existencia de reacciones contestatarias, que apresuran la respuesta a nivel estatal y dan a conocer el descontento detrás de la negligencia por parte del Estado (Koppelman, 2018).

Stepputat (1992) ha estudiado el caso de refugiados/as guatemaltecos/as, que experimentan en el exilio la sensación de suspensión como “permanentemente provisional”, rodeada de un tiempo infinito y centrada en la angustia que significa la vida como refugiados/as en un campamento. Pérez (2019), por su parte, aborda el caso de un comité de vivienda en Chile que lucha por obtener viviendas definitivas; aquí la pertenencia a programas con subsidios habitacionales implica largos periodos de espera y continuos requerimientos a nivel estatal. Existe un gran contraste entre ambos casos, sin embargo, convergen en la existencia de la espera como una sensación generada por agentes externos.

Autoconstruir para habitar

Cerro Navia ha sido históricamente un sector autoconstruido a partir de tomas de terreno. Gran parte de las edificaciones aledañas al campamento tienen separaciones irregulares entre las calles y pasajes. Entre las casas, hay notorias diferencias estructurales, que dan cuenta de su

origen de autoconstrucción. Frente y al costado del campamento hay viviendas subsidiadas – construidas entre los años 2016-2018–; se trata de grandes edificios con altas rejas, que rodean el campamento. Visualmente el paisaje genera un contraste entre los departamentos y las viviendas autoconstruidas al interior de este, con un color arena predominante y cercado por grandes latas color café.



Imagen 2. Archivo personal, 2021. Viviendas sociales, Rodoviario y Mapocho Norte.

La población se compone en su mayoría por personas migrantes (haitianas, venezolanas, peruanas, colombianas, brasileñas, dominicanas), quienes pese a no haber formado parte de los comités iniciales (en su mayoría compuestos por chilenas/os), a medida que llegaban se fueron integrando a ellos. Todavía hoy hay quienes no forman parte del proyecto de vivienda, sin embargo, el comité ha sido una forma de organización comunitaria y de entrega de información. Aun cuando existe la noción del campamento como una solución momentánea e inmediata y no como la proyección de una vivienda definitiva, se ha vuelto indispensable pertenecer a uno de ellos para conocer y formar parte de los procesos, integrándose a los beneficios que eso trae consigo.

La vida en comunidad se mantiene vigente mientras las personas sigan siendo habitantes del espacio y, con ello, sigan sometidos a la incertidumbre respecto a las fechas y el tiempo de construcción del proyecto de vivienda definitiva. Asimismo, se considera que las decisiones comunitarias forman parte del acuerdo inicial y que, a pesar de los desencuentros colectivos, se parte de la base de que la desocupación eventualmente llegará, y que deben estar preparados/as para desarmar y buscar un nuevo espacio donde residir.

Cada vivienda tenía una distribución inicial de 10 x 7 metros, sin embargo, estas dimensiones han ido variando en función de la llegada de integrantes al campamento, con el subarriendo o división de los espacios. En el campamento existe una gran diversidad de casas, en su mayoría construidas con tableros de OSB (material de construcción habitacional) y latas para cubrir techo. Su disposición depende en su mayoría del comité correspondiente, en el caso del Comité Movilízate, cada hogar se encuentra adherido al que sigue, dejando espacio únicamente para la separación entre pasajes. Priman las planchas de OSB que envuelven las fachadas, algunas con leves decoraciones, banderas de países y equipos de fútbol, o pintadas de uno o dos colores particulares, distinguiendo una vivienda de otra. La calle de tierra y piedrillas que separa las casas potencia el color ya predominante. Una pobladora del campamento describe su hogar, donde predominan las donaciones y materiales recuperados

Tuvimos suerte, nos los donaron todo, las cosas todas son donadas, los muebles, las sillas, la mesa, todo eso de allá no, eso era del Nico y otras cosas son mías y la madera

también fue donada, y esto (piso flotante) lo donó la jardinera. Lo único que compramos fue la mediagua sin techo. El techo lo fuimos armando, comprando, armando. Todo lo que es el baño también fue donado, la tina no, eso lo compramos, y la cocina que tengo también me la donaron. (M.R., entrevista, vecina del campamento, 2021)

A pesar de la inminente posibilidad de desocupación, la modificación de los espacios es algo constante: es común escuchar martillos golpeando las paredes y sierras cortando maderas, o encontrar materiales de construcción en espacios comunes.

Durante una visita a finales de agosto de 2021 justo luego de fuertes lluvias en Santiago, pasamos a ver a una de las vecinas afectadas. Eularia, mujer peruana de 56 años, vive en el campamento junto a su esposo desde sus inicios. Es una vecina activa en la cocina, constantemente recibe a niñas, niños y niños del comité, llegando a generar una olla común a su cargo a través de la organización La Jardinera. Nos comentó que durante día y noche el agua había arrasado con el techo, obligándola a reorganizar todo el espacio. Al preguntarle qué haría para fortalecer los arreglos momentáneos que había realizado durante el apuro, respondió: “que importa, si ya nos vamos a ir, hija, es un gasto de más, que se caiga todo.” (Conversación informal, E.F., 2021)



Imagen 3. Fuente: Archivo personal, 2020. Comedor en el centro de la casa.

Al encontrarse en la espera de un proyecto de vivienda definitiva y la existencia de una desocupación, genera en el imaginario colectivo la idea de que la inversión económica en hogares que ya cuentan con servicios básicos (agua potable, luz y desagüe) supone una pérdida monetaria, pues se entiende que el campamento eventualmente llegara a su fin y, por ende, la modificación de sus viviendas representa una pérdida de recursos más que una necesidad indispensable. Eso evita que, en días de lluvia o de emergencia climática, cambien sus techos o fortifiquen sus residencias. Pese a ello, las contribuciones comunitarias externas e internas frente a los procesos de autoconstrucción, se dan naturalmente en situaciones de emergencia, es así, como la llegada de plásticos, ropa, aserrín, latas, entre otros materiales, son gestionados sin necesidad de inversión inmediata por parte de las familias.

Llegada del proyecto de vivienda

A principios de octubre de 2020, y a casi un año de la llegada del campamento, comenzó a resonar alrededor del Comité Movilízate (y en el campamento general), la llegada de un proyecto de viviendas sociales. Las conversaciones en espacios comunes y el aumento de

asambleas para la entrega de información daban indicios de que algo sucedía, pero reinaba la incredulidad respecto a la construcción de viviendas sociales.

El proyecto de vivienda tiene 1070 cupos; de ellos, aproximadamente 420 son utilizados por las personas del campamento. Este último número es variable debido al proceso de prelación: los cupos adquiridos por comités externos pueden ser dados de baja, traspasándose a otros comités del campamento o exteriores. Asimismo, también depende de los requisitos (dinero ahorrado, residencia definitiva, porcentaje de 40% de vulnerabilidad en la ficha de protección social³).

La reacción frente a las viviendas sociales varía según el grado de regularización de cada familia, así como de su posibilidad de cumplir con las condiciones para la obtención de la vivienda. Los tres requisitos principales son: cuenta de ahorro con 30 a 35 UF⁴ (aproximadamente \$1.000.000- \$1.100.000 dependiendo de la variabilidad en el valor de la UF); residencia definitiva para personas migrantes (visa permanente, obtenida generalmente a través de cotizaciones y contrato de trabajo); ficha de protección social que acredite un nivel socioeconómico bajo el 40% de la población y una carga (hijo/a/e, familiar, amigo/a, cercano, etc.). Además, es necesario pertenecer a un comité de allegados/as con personalidad jurídica vigente.

A ojos del Estado: volcarnos a la Ficha de Protección Social

La llegada de un proyecto de vivienda tiende a interpretarse como un beneficio colectivo para todas las personas que componen el campamento, sin embargo, la manera en la que se enfrentan a este se vincula con categorías institucionales que generan un contraste inmediato entre personas migrantes y no migrantes debido a las diferencias en su estatus migratorio.

La Ficha de Protección Social es un instrumento creado por el Estado chileno para caracterizar el nivel socioeconómico de las familias ingresadas al sistema de subsidios y ayuda estatal. Se debe estar inscrito/a en el Registro Social de Hogares acreditando residencia, vigencia y legalidad en el país, contrato de arriendo, cédula de identidad y, en el caso de personas migrantes, permiso de residencia temporaria o definitiva (Ministerio de Desarrollo Social, s.f.).

Nora (chilena, 54 años), pertenece al Comité Movilízate. Es una vecina reconocida por los y las demás integrantes debido a sus labores como encargada de la recepción de donaciones y de la cocina en la olla común. En muchas ocasiones pudimos verla y la ayudamos a cargar mercadería u otros insumos donados a la cocina. Nora nos relata que desde pequeña ha pertenecido a tomas de terreno –vivió en la toma de Peñalolén– y que esta es la primera vez que se encuentra en un campamento por su cuenta, “pa’ luchar por mí y mi hija”.

Mientras conversamos en su hogar, nos contó que su casa es una caseta que le compró a otra vecina del campamento, y que fueron modificando según las necesidades de la familia. P Nora, su casa cuenta con todo lo necesario, sin tener que invertir en más elementos, pues “es por el momento no más, yo le digo a mi marido que no gaste mucho”. Su hogar cuenta con dos piezas,

³ La Ficha de Protección Social fue reemplazada hace aproximadamente cuatro años por el Registro Social de Hogares. Sin embargo, las familias del campamento se refieren a este requisito como “ficha de protección”, por ende, a lo largo de esta investigación utilizamos esa forma de referenciación.

⁴ UF (Unidad de Fomento), es una unidad financiera en constante reajuste. Al 30/08/2022 el valor de 1 UF es de \$33,821 pesos chilenos.

un comedor, un baño y un patio que abarca la logia junto a un lavadero. Constantemente llega gente a su casa, pues para conseguir el dinero correspondiente a la cuenta de ahorro de la vivienda, ella ha invertido los bonos que le entrega el Estado en generar un negocio a pequeña escala de bebestibles en su hogar.



Imagen 4. Fuente: Archivo personal, 2020. Norita.

Antes de llegar al campamento, Nora perteneció a otro comité de allegados/as, en la comuna de Cerro Navia. Sin embargo, y producto de problemas personales, tuvo que abandonar el proyecto y moverse de comuna, utilizando para ello el dinero ahorrado. Al regresar a la casa de su madre, comenzó una nueva espera por la casa propia.

El proceso del proyecto de vivienda social no fue sencillo para Nora, ya que su postulación era constantemente rechazada por inconvenientes con su Ficha de Protección Social, al ser carga de su marido, quien contaba con una propiedad a su nombre, buscando a través de la actualización de su ficha de protección social, mostrar su realidad y ser representativa con en el trabajo como activista que no estaba siendo considerado. Tras varias gestiones fue seleccionada a nivel dirigencia y municipal

Es así, como la modificación y actualización de la ficha de protección social (actualmente registro social de hogares) y, por ende, luego de una exhaustiva revisión de la documentación por parte de las y los dirigentes del comité, se le permitió ingresar al proyecto y formar parte de las seleccionadas, pues cumplía con los requisitos necesarios, pero la manera en la que se estaba abordando su postulación, debido al estado civil de su esposo, la estaba dejando fuera, teniendo ella que hacerse responsable de la postulación y de tener como carga a su hija.

Al recordar los problemas superados y proyectar su futura vivienda, Nora comenta: “ahora puedo respirar”, como si durante todos estos años los procesos y largos periodos de tiempo en espera no le permitieran contemplar la posibilidad de pensar en su vivienda propia, para ella y su hija.

Su experiencia de espera, así como las de muchas otras vecinas en la misma situación, se visualiza en la variable percepción de la espera (Flaherty, 2011), y, por ende, en el uso correcto

de los procesos institucionales por parte de las y los dirigentes, que constantemente deben estar actualizando, asistiendo a las personas al interior del campamento y presionando a través de reuniones a las instituciones a cargo. Es en ese sentido, mientras el tiempo de espera exista - una vez que se acepta el proyecto y hay seguridad de ello- le entrega mayores posibilidades de acceder a la vivienda a quienes deben amoldarse a los requisitos institucionales y de medición, como es el caso de la ficha de protección social. Es así, como la espera se vuelve constructiva solo en la medida en que el tiempo del proceso beneficia a cierta parte de la población, que a través de acciones y movimientos proyectados a nivel institucional logran mitigar los efectos del tiempo y moldearse a categorías institucionales.

“No se puede hacer nada, es ley”. Esperar siendo migrante

La residencia definitiva es uno de los principales requisitos para la postulación a un proyecto de vivienda. Se requiere un mínimo de dos años en el país, sujeto a un contrato que acredite la condición laboral, para lo cual se debió haber vivido al menos un año con visa temporaria.

La espera por una residencia definitiva para los migrantes considera dos dimensiones: la propiamente habitacional y la regularización a nivel estatal. Además de lo que significa instalarse en un campamento (acción ilegal en sí misma) y comprender todos los aspectos que atañen a la postulación de un proyecto de vivienda (proceso dificultado por barreras idiomáticas o el desconocimiento), los extranjeros deben enfrentarse al constante riesgo e incertidumbre de que eventualmente se apruebe el proyecto y ellos no cuenten con los requisitos necesarios. Esto último, por añadidura, implicaría la pérdida de su vivienda actual.

A veces sucede que, a lo largo del proceso, diferentes grupos migrantes que no calificaron en el proyecto de vivienda deciden dejar anticipadamente el campamento, con el fin de procurarse una vivienda definitiva y evadir el desalojo. Tales procesos no han quedado exentos de problemáticas, pues hay quienes no quieren irse, o que derechamente no confían en las instituciones gubernamentales y privadas a cargo. Por ende, hay un acuerdo general de que mientras no se firme un acuerdo formal, nadie abandona el campamento. Si bien la llegada de un proyecto de vivienda se reserva para quienes califican para “el sueño de la casa propia”, como nos mencionan algunas vecinas, también significa un proceso de incertidumbre frente al quehacer.

Pese a la constante labor en la búsqueda de documentos y entrega de información por parte de la directiva de los comités, elegidas/os para trabajar en la construcción de una buena propuesta de proyecto de vivienda que beneficie a toda la población, también se debe considerar que más de la mitad de las personas que componen el campamento son personas migrantes. En consecuencia, existen familias viviendo allí de forma irregular y sin documentación formal, lo que significa que, aunque su trabajo sea constante y sus acciones sean colaborativas, si no cuentan con residencia definitiva su postulación no será efectiva.



Imagen 5. Fuente: Archivo personal, 2021. Pasajes del Comité Movilízate.

Gabriela es dirigente del Comité Folil Mapu y—al igual que las dirigencias de los otros comités—ha sido la encargada de recibir las postulaciones y de conocer los diferentes casos asociados al proyecto. Al preguntarle qué sucede con las personas no seleccionadas, comenta el caso de una de sus amigas cercanas, perteneciente al comité de al lado (Loyola), quien al encontrarse en espera por la visa definitiva no aplica a la postulación. Ante situaciones como esta, los dirigentes se encuentran atados de manos e imposibilitados/as de agilizar el proceso:

Como digo a veces, *habemos* personas irresponsables, como nosotros mismos, que no tenemos documentos en regla, pero yo ya tengo, como digo, 3 años, y mis documentos están todos en regla, sino que Extranjería mismo me hizo el documento que me rebotó, porque verdaderamente dicen que el vínculo chileno... te llega tu documento normal, no... y yo mandé, yo no sabía que tenía que mandar contrato de trabajo en ese entonces, porque yo no trabajaba po, y lo mandé con el vínculo chileno y me lo salieron rebotando todo. Tengo ya 3 años que no viajo a Perú. No puedo ni ir a ver a mis otros hijos, yo tengo dos niños allá (Y.C., entrevista, mujer de nacionalidad peruana, 2021)

Para nuestra entrevistada, la incertidumbre que genera la constante negación de su visa definitiva ha afectado diferentes espacios de su vida familiar y personal, condicionando la manera en la que ella auto percibe (como una buena o mala ciudadana). La limitación a nivel estatal se ve reflejada en la responsabilización que se hace a cierto grupo de personas por no contar con buena regularización, pese a que es el proceso administrativo el que no converge con su estado de residencia. En ese sentido, la responsabilización individual le quita valor a la falta de eficacia a nivel estatal. Foucault (1990) trabaja la idea de las tecnologías del yo, en donde se consolida la primacía de concepciones colectivas acorde a ciertas categorías, dejando de lado las propias y, junto con ello, el cuidado de mis concepciones con el objetivo de ser válido frente al Estado.

A pesar de las dificultades de cada proceso individual, alrededor de nuestra entrevistada se ha generado una red de vínculos de ayuda entre comités. La imposibilidad de responsabilizar o de presionar alguna institución que apesure dicho proceso (Koppelman, 2018), genera resignación por parte de las directivas y de las personas involucradas, en su mayoría compuesta por comunidades migrantes de diferentes nacionalidades. En este caso, la espera se presenta, por

un lado, en la construcción de sujetos migrantes que cumplan en regla las normativas estatales, viéndose enfrentados/as a la incertidumbre que traen consigo las burocracias institucionales. Por otra parte, debido a sus expectativas de regularización y legalidad al interior del país, no se generan acciones por parte de la comunidad migrante frente a dichas instituciones. Aparece la sensación de no pertenecer legalmente y, por ende, de no poder manifestarse. Esto se observa en comentarios como “no se puede hacer nada, es ley” o “todavía no sabemos que vamos a hacer”, que son recurrentes.

Parte de la comunidad migrante al interior del campamento ha suspendido su espera indefinidamente, como ha trabajado Stepputat (1992). La idea de un suspenso compartido ha condicionado sus proyecciones de vida y las formas que tienen de residir en el campamento, en este caso como comunidad migrante no regularizada. La incertidumbre vinculada a la respuesta estatal sobre una solución habitacional, y de reconocimiento frente a su residencia definitiva, se ha mantenido vigente durante los años que llevan en el espacio.

Una vecina haitiana comentaba que siempre supo que el campamento era momentáneo. Dice: “El dirigente decía que nosotros no vinimos acá para vivir siempre, que nosotros vinimos acá para vivir un poquito de tiempo, porque este terreno no es de nosotros es una Toma” (K.F., mujer haitiana de 39 años, 2021). A pesar de no gustarle por completo la dinámica del espacio, debido a conflictos específicos asociados a la violencia, drogas y dificultades personales, su expectativa era habitar algunos años allí, reunir dinero y buscar otro espacio donde residir. Sin embargo, al no ser beneficiaria del proyecto por la falta de residencia definitiva, se requería una respuesta rápida al momento de adaptarse a las nuevas decisiones que iban surgiendo por parte del comité y el proyecto.

Gran parte de la población que no califica en el proyecto de vivienda se enfrenta a dichas interrogantes, encontrándose mediadas/os por requerimientos que afectan sus formas de vida y su reconocimiento como sujetos de derechos. Su espera se torna, así, una proyección residencial incierta.

En comunidad resistir: colectivización de la experiencia de esperar

Desde su conformación los programas de vivienda, en especial los relativos a campamentos, han considerado el dinero como un medio de acceso a beneficios socialmente reconocidos, como lo es una vivienda propia. En el caso del proyecto de vivienda social, como ya se ha dicho, la apertura de una cuenta de ahorro con un monto determinado de dinero es un requerimiento esencial. El acceso a este requisito ha presentado una forma distinta de percibir la espera a través de la acción colectiva, que puede llegar a agilizar y consolidar bases de funcionamiento más contestatarias que en el caso de los demás requisitos, pues deja de formar parte de un proceso burocrático y se vuelve una práctica individual de ayuda comunitaria.

Las actividades colectivas al interior de la toma se dividen en su mayoría por comités; cada comunidad se encarga de reconocer a quienes requieren de ayuda inmediata y de decidir qué acciones tomar. En el caso del Comité Movilízate, existe el acuerdo general de que cada familia debe encargarse de reunir el dinero en la cuenta de ahorro y mantenerlo allí durante todo el proceso. Pese a ello, se han organizado formas colectivas de reunirlos, por ejemplo, a partir de préstamos para completar el total requerido, a las familias a quienes les faltara una pequeña parte para cumplir con el monto, que posteriormente debía ser devuelto. Otra de las formas particulares de las comunidades migrantes es el uso de fondos comunes en los que cada mes

una familia recibe el monto acumulado, se van turnándose mes a mes para recibir el pozo común, práctica recurrente en Chile y que ha sido denominada “*Polla*”, pero que también ha sido observada principalmente en comunidades haitianas.

Las actividades colectivas levantadas por la comunidad y organizaciones externas también han sido una práctica recurrente, y se han manifestado a través del uso de espacios comunes como la cancha, la cocina o sus espacios en la toma, centrándose en especial en la venta de alimentos, campeonatos, eventos, comidas en la olla común, entre otras.



Imagen 6. Fuente: Archivo personal. 2021. Caseta de Oval en medio del campamento.



Imagen 7. Fuente: Archivo personal, 2021. Frente a la cocina. Comité Folil Mapu.

El dinero, así, se vuelve un medio de acción para la organización colectiva y adquiere diferentes dimensiones de análisis, pues al no depender de la ayuda institucional no sugiere espera administrativa ni condicionantes y, por ende, diversifica los modos a través de los cuales se puede obtener. Aquí el vínculo humano y el recurso social (Adler, 1975) se vuelve el medio más importante para las pobladoras que requieran de ayuda comunitaria. La idea del beneficio mutuo a través del recurso social de intercambio también consolida sujetos activos en su comunidad y que respondan en colaboración. Es tal la seguridad que entrega la red de pequeños

actos de resistencia, que reunir el dinero no supone un problema irremediable; por ejemplo, una vecina peruana del campamento que no logró quedar seleccionada en el proyecto nos comentaba que su menor preocupación era reunir el dinero, pues “el dinero lo reúno rápido, con el apoyo de todos ellos que me ayudan bastante” (Y.C., vecina del campamento, 2021).

La sensación de ayuda comunitaria es una percepción que se ha mantenido a lo largo del proceso. Los diferentes actos de resistencia se presentan recurrentemente, sobre todo cuando las soluciones se pueden gestar colectivamente. Asimismo, la existencia de acciones que permiten mitigar los grados de espera por medio de actividades comunitarias se refuerza a través de organizaciones externas que participan de las actividades, lo que ha permitido potenciar la colaboración, apaciguando el grado de espera dirigido a la presión económica.

Hemos revisado diferentes niveles de espera, a través de los cuales la población del campamento ha consolidado mecanismos para amortiguar la incertidumbre que trae consigo el proyecto de vivienda. Como hemos visto, en este contexto de espera las redes de intercambio “desarrolladas por los pobladores son las que constituyen un mecanismo efectivo para suplir la falta de seguridad económica” (Lomnitz, 1973, p.58), consolidando formas de sobrellevar la experiencia a través de actos comunitarios. El acceso a la información, la organización interna y las prácticas colectivas han traspasado la impermeabilidad de instrumentos estatales que producen una deficiente accesibilidad burocrática y administrativa. Del otro lado, la colectivización de la experiencia de esperar ayuda a mitigar tanto la incertidumbre como la angustia individual. Por ende, las formas de reunir dinero a través de actividades comunitarias configuran prácticas que permiten generar una respuesta frente a los requerimientos estatales, que no necesariamente guardan relación con grandes manifestaciones, sino que, con prácticas que generan vínculos y que llaman a la colectivización de la experiencia de esperar.

Conclusiones: actos de resistencia, esperar y autoconstruir. Futuras líneas de investigación

Poner en la palestra la experiencia de la espera materializada a través de la autoconstrucción, logra abrir diferentes dimensiones para mitigar y resignificar la experiencia al momento de abordar el proyecto de vivienda social como habitante de un campamento. El proceso de autoconstrucción ha consolidado un espacio de resistencia que congrega la acción individual y comunitaria. Al ser un proceso que ocurre poco a poco (Caldeira, 2017), va configurando bases comunitarias y microacciones de resistencia. El afán por mitigar la espera les permite a los/as habitantes de las tomas colectivizar sus vivencias y contrastes, pero ya no como sujetos pasivos, sino como agentes de movilización.

Durante todo el trabajo etnográfico, el campamento pasó por múltiples etapas y actividades estatales de regularización y formalización. Ello fue transformando la manera en que se iban reconociendo y nombrando a sí mismos/as y, al mismo tiempo, cómo eran entendidos/as por el Estado. Luego del catastro realizado por SERVIU durante septiembre y octubre, la toma Violeta Parra pasó a formar parte del catastro nacional de campamentos, lo que cambió su condición formal. Ello abrió nuevas soluciones habitacionales para la población y liberó nuevos fondos a través de los subsidios habitacionales.

A partir de ello, se abren líneas de investigación relacionadas con el reconocimiento y los efectos que tienen dichos instrumentos de validación en la población, en donde el vínculo estatal modifica nuevamente las formas de caracterización y, por ende, toda la experiencia frente a la

espera durante el proyecto de vivienda social. Asimismo, es fundamental considerar la manera en que se articula y se transforma la relación entre migrantes y no migrantes frente a procesos de espera comunitaria al interior de los campamentos, ya que esto ha enriquecido y ampliado la óptica a partir de la cual se observa a la población habitante, y que marca un precedente respecto a la significación de la experiencia colectiva.

Agradecimientos

Agradezco a todas las personas y mujeres de la toma Violeta Parra que participaron de esta investigación, al Comité Movilízate, Folil Mapu y Loyola, por abrirme sus puertas, por recibirme y por la confianza que depositaron en mí. Por cada comida y conversación compartida, por cada almuerzo colectivo y por la tierra levantada. A La Jardinera, por darme un espacio de entrega y voluntad, y por el trabajo territorial que hacen desde su propia trinchera. A las pobladoras que resisten día a día por su casa propia, en donde la espera compartida ha forjado amistades y comunidad a pesar de las adversidades.

Gracias al equipo CIVIM y el proyecto Fondecyt 1210743 por darme su apoyo y contribuir desde una mirada crítica.

A mi familia, a Ika y Awka, por su incondicionalidad y cariño: Gracias por entregarme espacios de seguridad y por confiar plenamente en mí.

A Sara, Tania, Yiriam y Victoria, porque sin ustedes este proceso hubiese sido solitario, sin embargo, siempre sentí su compañía. Gracias por sus palabras de aliento, por cada junta y escucha atenta, por esta amistad.

A quienes llegaron posterior al proceso de investigación, por contenerme y quererme, porque el tiempo comenzó a pasar más rápido y se ha sentido pleno y tranquilo. A quienes me enseñaron a sentir profundamente el campo y a su gente, en búsqueda por contribuir desde la voluntad y el cuidado que requiere una disciplina como esta.

Referencias bibliográficas

ADLER, L. (1975). *La marginalidad*. Como sobreviven los marginados. *Siglo XXI* Madrid: España. p. 15-31.

ANGELCOS, N. & PÉREZ, M. (2017). De la “desaparición” a la reemergencia: Continuidades y rupturas del movimiento de pobladores en Chile. *Latin American Research Review*. 52(1), p. 94-109. DOI: <https://doi.org/10.25222/larr.39>

AUYERO, J. (2011). Pacientes del Estado. Un relato etnográfico de la espera de la gente pobre. *Latin American Research Review*, 46 (1), p. 5-26.

AUYERO, J. (2012). Los sinuosos caminos de la etnografía política. *Revista Pléyade*. (10), p.15- 36.

BOURDIEU, P. (2000). Tiempo y poder. *Meditaciones Pascalianas*. Stanford, CA:Stanford

University Press.

CALDEIRA, T. (2017). Peripheral urbanization: Autoconstruction, transversal logics, and politics in cities of the global south. *Society and space. California*, 35(1) p.3-20.

CASTELLS, M. (1973). Movimientos de pobladores y lucha de clases en Chile. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 3(7).

CORTÉS, A. (2014). El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad. *Eure*. 40(119). p.219-260.

FOUCAULT, M. (1990). Tecnologías del yo. *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós Ibérica, S. A, p. 45-86.

HOLSTON, J. (2008). Insurgent Citizenship. Disjunctions of Democracy and Modernity in Brazil. New Jersey: *Princeton University Press*, p.45-55.

HOLSTON, J. (2011). Autoconstruction in working-class Brazil. *American Anthropological association*, 6(4), pp. 447-465.

FLAHERTY, M. (2011). Making time. *The textures of time: agency and temporal experience*. Pensilvania: *Temple University Press*, p.1-6

GUBER, R. (2011). La etnografía: Método de campo y reflexividad. *La observación participante*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.

GUERRERO, R. (2007). Segregación socio-urbana y representaciones sociales de inseguridad en dos comunas de Santiago de Chile. *Cultura y representaciones sociales*, 2(3).

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS (S.F.). 2° Entrega Resultados definitivos Censo 2017. Instituto Nacional de Estadísticas: Santiago de Chile. Disponible en internet: http://www.censo2017.cl/wp-content/uploads/2018/05/presentacion_de_la_segunda_entrega_de_resultados_censo2017.pdf. (consultado en noviembre 2020)

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS (2020). Migración interna en la Región Metropolitana. Censo de población y vivienda 2017. Disponible en internet: https://www.ine.cl/docs/default-source/demografia-y-migracion/publicaciones-y-anuarios/migraci%C3%B3n-interna/censo-2017/migraci%C3%B3n-interna-en-la-regi%C3%B3n-metropolitana-censo-de-2017.pdf?sfvrsn=e76d4567_4. (consultado en noviembre 2020)

JEFFREY, C. (2008). Waiting. *Environment and Planning D: Society and Space*. 26, p.954-958.

JEFFREY, C. & Young, S. (2012). Waiting for change: youth, caste and politics in India. *Economy and society*, 41(4), p. 638-661.

KOPPELMAN, C. (2018). “For Now, We Are in Waiting”: Negotiating Time in Chile’s Social Housing System. *City & Community*, p.1-21. doi: 10.1111/cico.12301.

LOMNITZ, L. (1973). Supervivencia en una barriada en la ciudad de México. *Estudios demográficos y urbanos*. 7(1), p.58-85.

MUNICIPALIDAD DE CERRO NAVIA. (2018- 2021). *Capítulo 1: Antecedentes generales*. Disponible en internet: <https://www.cerronavia.cl/wp-content/uploads/2020/03/PLADECO-2018-2021.pdf>.

MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL Y FAMILIA. (S.F). ¿Qué es el registro social de hogares? [online]. Disponible en internet: <http://www.registrosocial.gob.cl/que-es> (consultado en diciembre 2020)

MORAGA, F., SEPULVEDA, K., LUNEKE, A., RUIZ-TAGLE, J. & ZENTENO, E. (2021). *CIPER*. Cuidadoras, trabajadoras y dirigentes: El creciente rol de las mujeres en las Poblaciones emblemáticas. Disponible en internet: <https://www.ciperchile.cl/2021/06/19/cuidadoras-trabajadoras-y-dirigentes-el-creciente-rol-de-las-mujeres-en-las-poblaciones-emblematicas/>. (consultado en octubre 2020)

PALMA, C. & PÉREZ, M. (2020). Migrantes en campamentos: Autoconstrucción, aspiraciones de permanencia e integración en Santiago de Chile. *Revista Antropologías del sur*, 7(14), p. 15-31.

PÉREZ, M. (2019). El derecho a la vida digna: Luchas por la vivienda y vida cotidiana en Santiago de Chile. *Chungará*, 51(3), p. 497-508.

STEPPUTAT, F. (1992). Refugees and the nation state. Beyond relief? Life in a Guatemala refugee settlement in Mexico. University of Copenhagen: *institute of cultural sociology*. p. 1-6

SCHWARTZ, B. (1974). Waiting, Exchange, and Power: The Distribution of Time in Social Systems. *American Journal of Sociology*, 79(4), p. 841–870.

TECHO-CHILE (2020). Déficit habitacional cuantitativo en Chile. CASEN 2020 en Pandemia. Disponible en internet: https://ceschile.org/wp-content/uploads/2021/09/04_EnlaCES.pdf (consultado en diciembre 2020)

TECHO-CHILE (2021). Catastro Campamentos 2020-2021. Disponible en internet: <https://ceschile.org/wp-content/uploads/2020/11/Catastro%20Campamentos%202020-2021%20TECHO-FV.pdf>. (consultado en diciembre 2020)

VALDÉS, T. y WEINSTEIN, M. (1993). Capítulo V. Entre la integración y el cambio. Mujeres que sueñan. Las organizaciones de pobladoras en Chile 1973-1989. Santiago de Chile: FLACSO.